

A black and white portrait of Manuel Belgrano, a young man with curly hair, wearing a dark coat and a white cravat. The portrait is the central focus of the cover.

**Sobre
Manuel
Belgrano
(#1)**

**DISCURSOS
A LA CARTA**

SERGIO RAIMONDI
BEATRIZ VIGNOLI BLOTTA
MARCELA TERNAVASIO
JUAN GARRIDO
DIEGO CARAMÉS
FLORENCIA ABBATE



Ministerio de Cultura
Argentina

**Dirección Nacional de
Gestión Patrimonial**

**Secretaría de
Patrimonio Cultural**



**Ministerio de Cultura
Argentina**

Presidente de la Nación
Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación
Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Cultura de la Nación
Tristán Bauer

Jefe de Gabinete
Esteban Falcón

Secretaria de Patrimonio Cultural
Valeria González

Directora Nacional de Gestión Patrimonial
Viviana Usubiaga

BELGRANO, O PARA UN ELOGIO DE LA FRAGILIDAD

por [Sergio Raimondi](#) | 5

EL PRIMER ARGENTINO

por [Beatriz Vignoli Blotta](#) | 11

LOS ROSTROS DE BELGRANO

por [Marcela Ternavasio](#) | 17

MANUEL BELGRANO: TRES IMÁGENES DE UNA REVOLUCIÓN

por [Juan Garrido](#) | 23

BELGRANO. ESCENAS DE UN PASADO PRESENTE

por [Diego Caramés](#) | 31

LA SUTILEZA DE UN HÉROE

por [Florencia Abbate](#) | 39

BELGRANO, O PARA UN ELOGIO DE LA FRAGILIDAD

por **Sergio Raimondi**

LA FIGURA DE BELGRANO ES PERFECTA PARA MOSTRAR QUE LA HISTORIA NO TIENE QUE VER CON LA PERFECCIÓN. LA POTENCIA TRANSFORMADORA DE SU VIDA ES INDISTINGUIBLE DE SUS DUDAS, ERRORES E INESTABILIDADES. SU TRAYECTORIA EXPONE UN HEROÍSMO FRÁGIL, O VULNERABLE, CAPAZ DE EVITAR EL IMPULSO SUBLIME O IDEALISTA PARA INDICAR QUE HACER LA HISTORIA ES INDISTINGUIBLE DE HACERSE A SÍ MISMO, CON IDAS Y VUELTAS, TRIUNFOS OCASIONALES, ANGUSTIAS, RECURSOS ESCASOS, CONVICCIÓN Y DESTELLOS DE IMAGINACIÓN EN UN RECORRIDO SIEMPRE UN POCO INCIERTO, PORQUE NINGÚN PROCESO TERMINA CON EXACTITUD ALGUNA VEZ.

De las figuras del período revolucionario de la Argentina, Belgrano es perfecto para mostrar que la historia no tiene que ver con la perfección. Justo a tiempo, la suya ofrece la oportunidad de evitar el impulso sublime. Porque la historia no está hecha de virtudes intachables, destinos prefigurados, batallas ganadas en la gloria mayor; está hecha más bien de cuerpos que eligieron esforzarse por resolver cientos de problemas en un trayecto inestable, confuso y errático. Por eso recordar su participación en la Primera Junta, la mítica creación de la bandera o sus triunfos militares en Tucumán y Salta no sería un acto justo con su memoria sin recordar a la vez sus crisis, sus fracasos, su vulnerabilidad. ¡También hay que ser heroico para cuestionar el heroísmo! O al menos esas ideas inalcanzables de heroísmo capaces de hacernos pensar, tan equivocadamente, que la dimensión de los desafíos está lejos de nuestras vidas precarias. Belgrano muestra que hacer la historia es indistinguible de hacerse a sí mismo, con idas y vueltas, triunfos ocasionales, angustias, recursos escasos y destellos de imaginación en un recorrido siempre un poco incierto, porque ningún proceso termina con exactitud alguna vez.

“Yo emprendo escribir mi vida pública –puede ser que mi amor propio acaso me alucine– con el objeto de que sea útil a mis paisanos”. Esta es una de las primeras frases de la *Autobiografía* de Belgrano. ¿Escucharon? “Puede ser que mi amor propio acaso me alucine”. Pero... ¿cómo? ¿Empieza a contar su vida y ya duda de sí mismo? Sí, de hecho, a medida que avanza en sus recuerdos, se exhibe: señala la indignación que le provocaban los inconvenientes que encontraba, enumera los proyectos que no pudo ver realizados, asume que aceptó tareas para las cuales no estaba enteramente preparado e incluso comparte las ocasiones en que se sintió abatido. Es cierto; quizá el tono de las páginas tenga que ver con que fueron escritas en el año más difícil de su vida, 1814, luego de las derrotas en Vilcapugio y Ayohuma en el Alto Perú. Pero tal vez no sea solo eso. Tal vez Belgrano quiso legar no solo sus logros, sino también sus debilidades; no solo sus convicciones por la libertad americana, sino también las dificultades. Por otro lado, cuánta seguridad hay que tener para confesar la inseguridad.

Tampoco parece casual el hecho de que lo último que cuente en su *Autobiografía* sea su decisión de aceptar la expedición al Paraguay después de revelar que le parecía la idea más alocada. Por favor, no imaginen a Belgrano al frente de mil soldados. Eran pocos, mal preparados, no muy convencidos del objetivo, con algún que otro uniforme casero, y alimentos, armas y municiones insuficientes. ¿Por qué acepta entonces, sin compartir el plan de las autoridades y con un ejército que apenas podía ser llamado así? Porque el momento adecuado para aceptar los desafíos de la vida pública no existe. Y porque asumir esa vocación es asumir que la realidad es siempre problemática y más plena en carencias que en recursos. Al frente de ese ejército limitado, Belgrano comanda una expedición. Marcha contra el idealismo.

No olvidemos que, al retornar, Belgrano crea las baterías “Libertad” e “Independencia” junto al Paraná y que, en esas bardas, levanta por primera vez la bandera. ¿Qué era esa bandera? Ya había solicitado una escarapela para disponer de un elemento que facilitase distinguir a los propios de los realistas. La bandera le permite ahora concentrar en un signo concreto un sentimiento común de pertenencia. Pero atención: no es que la bandera vuelve visible un sentimiento existente. No: Belgrano inventa la bandera para producir ese sentimiento. ¿O creen que los sentimientos no se hacen? A falta de municiones, el sentimiento revolucionario ya era un recurso más. Por eso la bandera

es un ejemplo de cómo la imaginación puede generar, en las condiciones más difíciles, un hecho que transforme lo dado. Eso es la bandera también; no solo una invitación a la identificación sino un recordatorio: para hacer lo público es necesario ser capaz de imaginar.

Tendremos pocos recursos, pocos uniformes, pocos alimentos, pocos hombres, pocas armas, pero... ¡tenemos un sentimiento! Esa idea se vuelve a manifestar cuando Belgrano elige el nombre para una unidad de caballería, antes de las batallas de Tucumán y Salta, formada por jóvenes de familias jujeñas. “Los decididos” la llama; no “Los imbatibles”. La cualidad para reconocerse como colectivo pone énfasis en una convicción compartida. ¿Tenía esa unidad la preparación o el conocimiento adecuado? ¡Ése no era el tema! O en todo caso, ¡ése no era el tema fundamental! Otra vez: en la vida pública, y sobre todo en sus momentos inaugurales (aunque... ¿no son todos inaugurales?), el recurso mayor parece ser la decisión: el convencimiento de la necesidad de actuar. Solo ese impulso sostiene la capacidad para enfrentar obstáculos una y otra vez.

Sin esa convicción su figura militar es incomprensible. Belgrano nunca desconoce haber asumido un cargo para el que no se había preparado específicamente. Pero su formación heterodoxa produce una trayectoria singular de consecuencias múltiples. Porque solo desde esa falta de especificidad se puede entender cómo planea el avance de su tropa ocupándose a la vez de la producción de tabaco en Misiones o de redactar los reglamentos de cuatro escuelas, como si las estrategias de una batalla debieran elaborarse sin perder de vista el cuaderno del aula y el proyecto económico de un país. También esa heterodoxia es la que permite entender el Éxodo, acción que en definitiva fue otro ejemplo más de su capacidad imaginativa. Y es también la que permite entender la impertinencia de sus actos de desobediencia frente al gobierno central, como si hubiera podido anticiparse a las épocas tan dramáticas como obedientes de nuestro país, y hubiera querido dejar un testimonio de que la obediencia puede ser una pésima opción. Belgrano dona así un ejemplo de lo que podría ser la formación cívica y democrática de un ejército: un general tiene que saber de armas tanto como de puertos, de tabaco, de diplomacia, de clases de aritmética. ¿Qué más hay que ver en el pasaje súbito de un doctor en Leyes a un general? Una correspondencia: quien busca la transformación de su tierra asume él mismo su vida como transformación.

Las notas abatidas de su *Autobiografía* avisan que toda transformación es difícil, lenta, contradictoria. ¿Cómo, si no? Por eso acercarse a Belgrano es distinguir que nada demasiado definitivo sucedió aquel 25 de mayo; o sí, pero tan definitivo como cada uno de los días que siguieron. Con él sabemos que quienes conformaban los ejércitos que luchaban por la libertad lo hacían muchas veces con indiferencia. Con él sabemos que la revolución no siempre era una gran noticia, como para muchos pueblos del interior que ya percibían a Buenos Aires como amenaza. Con él sabemos que ningún proceso es unívoco, que hay disputas permanentes, y que la revolución, al final, es menos un estallido que un largo trayecto hecho de interrupciones, algunas victorias decisivas y sobre todo pequeñas acciones insistentes. Ahí está el valor de Belgrano de no disimular su angustia o tristeza. En una de las jornadas del Congreso de Tucumán de 1816, sintiendo que el proyecto iniciado seis años antes se perdía en la incertidumbre, Belgrano se quiebra: “Me exalté, lloré e hice llorar a todos al considerar la situación infeliz del país”, confiesa. En ese cuerpo atravesado por las emociones habita un modo del heroísmo que aún falta reconocer.

Cuando, luego de sus estudios en España, regresa a Buenos Aires como secretario del Consulado, Belgrano ve en esta tierra cientos de problemas. ¿Qué hace? Piensa cientos de propuestas para resolverlos. Los días no le alcanzan. Todo está por hacerse. Hace falta fomentar más el comercio interior que el exterior, instruir pilotos para mejorar las entradas y salidas del puerto, crear escuelas por acá y por allá. Hace falta mejorar la producción y el transporte agrícola, crear un Departamento de Estadísticas para tener datos precisos, fomentar una industria que genere más trabajo que el campo. En fin, hace falta reparar caminos, erigir puentes, abrir canales, inventar sistemas de riego, introducir máquinas... La mayoría de esos proyectos que presentó, justificó y difundió fue rechazada por los comerciantes españoles y las autoridades de la Corona. ¿Hay que ver un fracaso ahí? No exactamente. Hay que ver que, como funcionario del Virreinato, Belgrano pensaba un país que todavía no existía. Había una Argentina en su mente mucho antes del 25 de mayo de 1810.

Cuando decide escribir su *Autobiografía*, Belgrano está empezando a dejar su posición central en la revolución. Ese trayecto culminará con su muerte, casi inadvertida en Buenos Aires. La derrota en aquellas batallas en el Alto

Perú le implica incluso afrontar un proceso judicial y la amenaza de una condena. Es así: hacerse cargo de la vocación pública es también hacerse cargo de la inestabilidad y las injusticias de la vida pública. Pero ¿cómo convive Belgrano con el cambio de rol y los cuestionamientos? Sabiendo que la actuación propia no es sino una parte ínfima de procesos que exceden toda escala individual. Quien, cuando recibe los honores del gobierno tras la victoria en Tucumán, escribe que todos fueron héroes en el campo de batalla es el mismo que, ya enfermo en Córdoba, ve una pequeña capilla perdida y puede imaginarse enterrado ahí junto a unos soldados.

Imposible abordar la última etapa de Belgrano sin recordar la obviedad de que la historia se hace con el cuerpo. ¡Qué problema esos bustos de próceres en las escuelas y dependencias estatales! Confiados en una separación jerárquica entre lo alto y lo bajo, quieren convencernos de que es la cabeza lo que ha decidido el lugar de cada quien. Como si fueran solo las ideas las que mueven los acontecimientos, y no cuerpos que discutieron sin dormir por días, que atravesaron a nado ríos caudalosos, que cabalgaron horas y horas, que recibieron heridas, que anduvieron a pie toda la noche bajo la lluvia, que celebraron, se rieron y cantaron, que sintieron hambre alguna vez. Habría que dibujarles el resto del cuerpo a esos bustos: los brazos, el estómago, las manos, ¡el sexo, obvio! Al de Belgrano, por lo menos, las piernas hinchadas de sus últimos días. Porque también el cuerpo participa de la vida pública con su fragilidad, sus dolores, su potencia. ¡Y es tan distinto al bronce, el cuerpo! Nervios, músculos, ácido gástrico, afectos.

¿Será verdad la anécdota sobre cómo se resolvió el problema de la lápida para su primera tumba? Merecería serlo; en definitiva, la verdad no es el único material con el que se hace la historia. El asunto es así: era tal la precariedad económica de Belgrano al morir que no había cómo pagar el mármol para su lápida. ¿Qué se hizo? Se usó el de una cómoda de su madre. Fue una solución adecuada para quien supo ver una bandera en un pedazo de tela: ahí está, otra vez, la capacidad imaginativa para hacer con lo que hay. Pero fue adecuada también porque nos advierte, en el momento de la muerte --justo cuando su figura empieza a asumir otra escala--, que no perdamos de vista la dimensión de lo cotidiano. El mármol de una cómoda, sí. ¡Qué diferencia con las toneladas invertidas un siglo después en el Monumento a la Bandera! Y sin embargo aquel mármol acotado (y manchado por el uso)

es más afín a una trayectoria que nos permite incorporar la inestabilidad, las limitaciones y las dudas a la hora de pensar la historia.

Por eso no hay ningún enigma en Belgrano. El enigma de Belgrano es la ausencia de enigma: ahí está todo, sus convicciones, sus autoexigencias, sus incertidumbres, su imaginación, su centralidad, su lateralidad, su amor por su tierra, su cuerpo frágil. La potencia transformadora de su vida es indistinguible de su imperfección. Eso nos recuerda que en la historia no hay nada definitivo. Porque no fueron solo sus propuestas como secretario del Consulado las que quedaron sin resolver. ¿O acaso el proceso revolucionario iniciado en mayo de 1810 está resuelto? ¿Y el vínculo entre Buenos Aires y las provincias? ¿Y la industrialización que preveía necesaria ya a fines del siglo XVIII? Y aquella América Latina incipiente inscrita con astucia en la idea de una monarquía inca ¿no es acaso todavía un proyecto que sigue exigiendo convicciones e imaginación? Hasta la nación era un proyecto cuando Belgrano muere. Doscientos años después, por supuesto, lo sigue siendo.

Bahía Blanca, mayo de 2020.

ESTE HOMBRE

(Un discurso)

HOLA A TODOS.

LES PROONGO RECORDAR A BELGRANO A TRAVÉS DE UN JUEGO DE IMAGINACIÓN ACTIVA: REMONTARNOS DOS SIGLOS CON NUESTRA FANTASÍA PARA ENCONTRARLO EN SU TIEMPO. POR UN RATO SEREMOS SUS CONTEMPORÁNEOS, TESTIGOS DE SU MIRADA Y DE SU VOZ. COMO SI ANIMÁRAMOS SU RETRATO AL ÓLEO MÁS FAMOSO CONVIRTIÉNDOLO EN UN CUADRO VIVIENTE, PRESENTES CUANDO SE PINTÓ. ASÍ, UNA PARTE DE ESTE DISCURSO JUEGA A SER UNA CRÓNICA DE ÉPOCA FECHADA EN 1815:

EL PRIMER ARGENTINO

por **Beatriz Vignoli Blotta**

(Corresponsal en Londres para la *Gazeta de Buenos Ayres*)

El entrevistado es un caballero elegante. Luce una levita de color azul marino con doble hilera de botones de bronce sobre un cuello *jabot* de seda blanca. Lleva puestos un par de esos pantalones de montar de fina tela color *beige* que, con botas altas de yóquey al tono, son lo más de lo más de la moda masculina británica en esta temporada 1815.

Era un joven valiente este economista político y escritor (uno de los periodistas de este diario que pusieron en boga a comienzos de siglo las palabras “argentino” y “argentina”) cuando formó parte, en 1807, de las milicias patriotas que por segundo año consecutivo lograron echar a los invasores ingleses del Río de la Plata. Abogado y patriota, general improvisado con algunas victorias decisivas y varias derrotas encima, pero muy bien peinado y sin un rasguño, don Manuel Belgrano nos recibe en el estudio londinense del pintor francés François-Casimir Carbonnier, quien lo está retratando.

Un agradable olor a óleo fresco y a aceite de lino perfuma este ambiente a la vez bohemio y distinguido, cocina de alquimista para la inmortalidad de las figuras de peso mundial. Sentado aquí, el diseñador y defensor de la bandera de las Provincias Unidas del Río de la Plata no se parece a su retrato. Esta pintura, en cambio, guarda cierta semejanza no con el republicano porteño de poderosa cabeza colorada entrecana y ojos enormes que cruza las piernas en un sillón estilo neoclásico, sino con una efigie reciente de Bonaparte. El restaurado y odiado “emperador” posó en su gabinete para su pintor oficial, Jacques-Louis David. Nos explica Monsieur Carbonnier que él estudió pintura histórica con David en la Academia de París. Y agrega, risueño, que su retratado va a salir parecido a Napoleón cuando graben su imagen en los billetes del país que él parió.

Don Manuel se sonroja ante esta broma estrambótica y nos comenta: “Fácil es persuadirse de lo que halaga. Pero yo me siento más hijo de mi patria que padre”. La cronista percibe en la modestia de este hombre una tensa suspicacia: le parece menos humildad que un temor a ser seducido mediante la adulación, el elogio interesado.

Proyectista de una soñada escuela de dibujo e impulsor del primer periódico porteño mientras fue secretario del Consulado español de Comercio en la Buenos Aires virreinal, el cultísimo entrevistado prefiere hablar de arte en francés con el pintor, antes que de sí mismo en castellano para este diario. Nos dice el retratista que Napoleón tampoco se parece mucho a sus retratos, cuyo rostro el maestro David seguramente compuso en base a la figura típica del cónsul de la Roma republicana. Opina el retratado que los modelos clásicos, puestos al servicio de la enseñanza de ideales progresistas, valen aún más que las imágenes de denuncia contra los bárbaros horrores y tropelías de hoy. Pregunta Carbonnier a Belgrano si vio, en alguna revista moderna ilustrada, las que viene grabando al ácido en metal don Francisco de Goya y Lucientes, testigo directo de la invasión napoleónica a España. La cronista aprovecha esta mención como pie teatral para hacerle otra pregunta a don Manuel: ¿Cómo fue que hace apenas cinco años, fresca todavía la tinta de las cartas donde le rogaba que fuese regente de América a la infanta Carlota Joaquina de Borbón (hermana del rey apresado Fernando VII), pasó usted a integrar una Junta revolucionaria? ¡Y de ahí, a comandar varias expediciones militares!

- Paraguay, Tucumán, Alto Perú... ¿no es mucho?

- Le disculpo, señorita, su desfachatez porque pertenece usted al bello sexo, no por bello menos digno de los derechos que naturalmente asisten a toda persona humana, sea cual fuese su condición o color. Salvado mi honor con este gesto erudito de cortesía, paso a explicarme.

- Soy toda oídos. Cuénteme de sus padres, su origen, su formación...

- Nací el 3 de junio de 1770 en Buenos Aires. Mi padre, don Domingo Belgrano y Peri, conocido por Pérez, comerciante del monopolio, natural de Onella (Génova), y mi madre, doña María Josefa González Casero, destinaron las riquezas por él obtenidas a darnos a sus hijos la mejor educación. Luego de instruirme en el mismo Buenos Aires en gramática latina, filosofía y algo de teología, me mandaron a España a seguir la carrera de las leyes. Allí, estudié en Salamanca; me gradué en Valladolid, continué en Madrid y me recibí de abogado en la cancillería de Valladolid.

- ¿Estudiar Derecho lo ayudó a idear la Revolución de Mayo?

- En parte sí, y también en parte soy obra de mi tiempo. Lo que más disfruté de mi carrera fue el estudio de los idiomas vivos, la economía política y el derecho público. Pero, además, como en 1789 me hallaba en España, la revolución de Francia hizo que, tanto en mí como en los hombres de letras con quienes trataba, prendieran las ideas de libertad, igualdad, seguridad, propiedad y derechos naturales de todo ser humano.

- ¿Cuándo tomó las armas?

- En 1796, ya en mi ciudad, más por capricho que por vocación, me hice capitán de milicias urbanas. Diez años más tarde, el marqués de Sobremonte me llamó. Rafael de Sobremonte era por entonces virrey de las provincias del Río de la Plata. Me convocó a formar una compañía de caballería con jóvenes del comercio para defender Buenos Aires de la vil entrada de los ingleses en 1806. Me prometió oficiales veteranos para la instrucción. Los busqué, no los encontré. ² Pese a ignorar los rudimentos de la milicia, fui agregado a una de las compañías; volé a la fortaleza y, como allí era todo un desorden, me

² Sobremonte, a todo esto, huye de su cargo (Nota editorial).

puse en viaje para la capital. Arribé cuando los patricios estaban por elegir sus comandantes para el cuerpo de voluntarios que iba a formarse. Luego de que, en pocos días, me hiciese yo enseñar por un maestro el manejo de las armas y las evoluciones básicas, las nuevas compañías me llamaron a ser su sargento mayor. Por honor, acepté. Mi regimiento fue el que más voluntarios dio a Montevideo (donde el gobernador Santiago de Liniers era reconocido por los cabildantes como virrey interino). Un día, un oficial me insultó en presencia de la tropa y nadie dijo nada. Ofendido, abandoné el Regimiento de Patricios.

- ¿Y qué hizo?

- Volví a mi empleo de secretario del Consulado. Ahí me cansé de planificar programas de educación. Pensando en el bien común, proyecté escuelas de matemáticas, comercio, agricultura... caían en oídos sordos o eran destruidas a poco de concretarse. El comerciante no conoce más patria ni más rey ni más religión que su interés propio.

- En cambio, usted quería rescatar a nuestra patria de las garras del rey...

- ¡Pues claro! Los ingleses volvieron a querer oprimirnos en 1807, y el cuartel maestre general me honró nombrándome uno de sus ayudantes de campo en la guerra contra los invasores. En tal clase serví todos aquellos días. Pasa un año... ¡y he ahí que se nos presenta la gran ocasión! Fue con el nombramiento de José Bonaparte como soberano de España, del que tuve noticias de primera agua como funcionario de la Corona. Avivándose, los americanos empiezan a hablar de sus derechos, y hasta los europeos aspiran a sacudirse el yugo. Yo traté de buscar los auspicios de la infanta Carlota y de formar un partido a su favor, oponiéndome a los tiros de los déspotas; solicité la venida de la infanta, y siguió mi correspondencia desde 1808 hasta 1809.

- ¿Y qué logró?

- Nada. Pero no me desanimé, y emprendí arriesgadas conversaciones secretas con Liniers. Quise convencerlo de no entregar el mando, por no ser autoridad legítima la de don Baltazar Hidalgo de Cisneros, que venía a despojarlo. Como secretario del Consulado, al fin añadí mi firma al informe de toma de posesión del mando por el virrey Cisneros el 15 de julio de 1809. Pero yo no me rendía. Cerrada esta puerta, puse en manos del primer comandante de Patricios, don Cornelio Saavedra, dos cartas que tenía para

él de la infanta Carlota: le hice ver que no podía presentársenos época más favorable para sacudir el injusto yugo que gravitaba sobre nosotros. Al otro día, vino Pueyrredón a decirme que era preciso contar no solo con la fuerza, sino con los pueblos.

- ¿Qué sintió usted al oírlo hablar así?

- ¡Mi corazón se ensanchó! ¡Y risueñas ideas de un proyecto favorable vinieron a mi imaginación!

Lo demás es historia conocida. Historia, con hache mayúscula. Confiesa don Manuel que mandó fusilar desertores de su alucinada expedición al Paraguay, a donde lo enviaron en 1810, cuando era vocal de la Junta Provisoria. Admite que al menos lo hizo con estilo. También fundó dos pueblos en esa campaña. No soportaba que la gente anduviera desperdigada por el campo, sin autoridades ni instrucción, como animales a la buena de Dios. “Por esos motivos me demoré y me juzgaron, literalmente hablando”, dice don Manuel y se me queda mirando con un relámpago de indignación estudiada que le achina los ojos. Sus ojos son oscuros y claros al mismo tiempo: profundas las pupilas dilatadas, el iris como un cielo de otoño por la tarde. Todo él fluye inasible y cambiante, como buen geminiano. Me pide que no crea en antiguas supersticiones.

* * *

Sin embargo, murió, hace exactamente dos siglos, justo cuando el sol –el sol inca que él mandó bordar con hilos de oro en la bandera de la patria– salía de su signo natal, el 20 de junio de 1820, a las siete de la mañana. Acababa de cumplir cincuenta años.

El Día de Reyes del año anterior, el director supremo de Buenos Aires, don Juan Martín de Pueyrredón (su antiguo compañero revolucionario), lo había convocado a la Villa del Rosario de Santa Fe para sumar fuerzas a las de su archienemigo personal don Juan Ramón Balcarce. El objetivo era derrotar a quienes Belgrano, en una carta de 1819, llamaba “anarquistas”: las tropas federales del caudillo santafesino Estanislao López.

Algunos años antes, mientras Belgrano peleaba a brazo partido en el Paraguay y era nombrado brigadier, sospeché y comenté que fue Balcarce quien impidió que le mandaran refuerzos desde Buenos Aires. Esta vez, mientras el

ahora general Belgrano dirigía el Ejército del Norte hacia la Villa del Rosario, a seis días de recibir don Manuel la orden de movilizarse, Balcarce manda incendiarla. Don Manuel halla tierra arrasada en la localidad donde siete años antes, el 27 de febrero de 1812, sobre las barrancas del río Paraná, había mandado izar y jurar la flamante bandera que él mismo había creado.

En agosto de 1819, pide licencia por enfermedad. Le esperan humillaciones en Tucumán y la pobreza en su ciudad natal. Lo asiste hasta el final su fiel médico de cabecera, el doctor Redhead, escocés. Aquel 20 de junio de 1820, tuvo tres gobernadores en un día la provincia de Buenos Aires, claramente en plena crisis de gobernabilidad.

Lo que resta es apenas un poco más perdurable: su sepultura en el atrio del convento dominico e Iglesia de Nuestra Señora del Rosario, y el traslado de sus restos en el año 1903 al mausoleo de avenida Belgrano y Defensa, en su ciudad natal. Libros, efigies, homenajes... en todo el país, llevan su nombre incontables instituciones y lugares.

Somos lo que somos gracias a don Manuel Belgrano, el primer argentino. Aun con sus fracasos y contradicciones, es hoy y siempre necesario recordar y continuar su heroica lucha por la educación pública, la soberanía nacional y los derechos humanos.

Honremos su legado; esta lucha ya tiene doscientos años y recién empieza.

Rosario de Santa Fe, mayo de 2020.

LOS ROSTROS DE BELGRANO

por **Marcela Ternavasio**

LOS RELATOS FUNDACIONALES SOBRE LA TRAYECTORIA DE MANUEL BELGRANO NATURALIZARON SU ENTRADA EN EL TEATRO DE LA REVOLUCIÓN. COMO SI EL CAMINO ADOPTADO EN 1810 HUBIESE ESTADO PREANUNCIADO, LAS NARRATIVAS QUE LO CONSAGRARON AL PANTEÓN DE PADRES DE LA PATRIA DOTAN DE CONTINUIDAD A UNA VIDA QUE EXHIBIÓ DIFERENTES ROSTROS. ¿CUÁLES FUERON ESOS ROSTROS MODELADOS AL CALOR DE UNA TRAMA DE FINAL ABIERTO?

De los héroes y personajes conmemorados en las celebraciones bicentenarias que nos vienen acompañando desde 2010, carecemos de las imágenes fieles que nos podrían devolver sus fotografías. La innovadora técnica del daguerrotipo data de 1839 y llegó a Buenos Aires en la década de 1840. Salvo para los casos de prolongadas trayectorias vitales, como la de José de San Martín –cuyo daguerrotipo realizado en París en 1848 nos devuelve la estampa del ya longevo libertador dos años antes de morir–, los rostros de las generaciones que protagonizaron los acontecimientos revolucionarios y las guerras de independencia nos son familiares por las pinturas de época. Dichas pinturas difundieron la iconografía canónica que integra nuestro patrimonio cultural y han sido reproducidas en infinitos formatos a lo largo de la historia.

De Manuel Belgrano se conservan solo tres retratos realizados en vida, y el más conocido es el que pintó el artista francés François-Casimir Carbonnier, para quien el creador de la bandera posó en Londres en 1815, durante su misión diplomática en Europa. Tulio Halperin Donghi, en *El enigma Belgrano* ³,

³ Tulio Halperin Donghi, *El enigma Belgrano. Un héroe para nuestro tiempo*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2014.

destacó las discrepancias que exhiben los tres retratos, “de los cuales no se puede sacar en limpio” una imagen nítida que “permitiese reconocerlo sin vacilación”. Tales discrepancias, que para el autor evocarían a un “héroe sin rostro”, pueden sugerir también los diversos rostros que fue adoptando Belgrano a lo largo de su trayectoria.

Hijo de una de las familias más ricas de Buenos Aires, Belgrano pasó por muy distintas vidas. Los relatos fundacionales sobre su biografía supieron trazar líneas de continuidad entre el estudiante universitario en España, el funcionario de la Corona en Buenos Aires, el publicista ilustrado de los primeros periódicos porteños y el líder revolucionario a partir de 1810. La naturalización de su entrada en la política y la guerra desatada desde entonces fueron la apuesta exitosa de Bartolomé Mitre cuando escribió su *Historia de Belgrano de la Independencia argentina* en su edición definitiva de 1886. El primer párrafo de la introducción así lo adelanta: “Este libro es al mismo tiempo la vida de un hombre y la historia de una época. Su argumento es el desarrollo gradual de la idea de la Independencia del pueblo argentino, desde sus orígenes a fines del siglo XVIII y durante su revolución, hasta la descomposición del régimen colonial en 1820, en que se inaugura una democracia genial, embrionaria y anárquica, que tiende a normalizarse dentro de sus propios elementos orgánicos”.

Hace rato que la historiografía sometió a profundas revisiones la idea mitrista de que el espíritu de independencia fue el motor del proceso revolucionario y de que esa suerte de camino inexorable ya estaba trazado a fines del período colonial. Revisiones en la que se instala la reflexión de estas páginas para postular que la independencia no fue un punto de partida, sino de llegada; que la Revolución se abrió en múltiples rumbos posibles sembrados de incertidumbres, marchas y contramarchas; y que la biografía de Belgrano ilustra muy bien esos rumbos alternativos y la discontinuidad que marcó –para él y para todos sus contemporáneos– el acontecimiento del 25 de mayo ocurrido hace más de dos siglos.

En esta clave de lectura, los rostros que exhibió quien fuera Secretario del Consulado de Comercio hasta ser designado vocal de la Primera Junta Gubernativa están muy lejos de preanunciar su vida posterior. En dicha clave hay, además, una pregunta inquietante que nos introduce en el terreno es-

peculativo: ¿qué motivaciones lo llevaron, a los cuarenta años de edad, a cambiar el rostro y el ropaje que supo portar hasta allí? Jorge Luis Borges afirmaba en “El Aleph”, al interpretar la congoja de su personaje Carlos Argentino Daneri, que “ya cumplidos los cuarenta años, todo cambio es un símbolo detestable del pasaje del tiempo”. Belgrano, exactamente a esa edad, se convirtió en un militar improvisado de las tropas patriotas y asumió las más altas responsabilidades en un terreno que desconocía y para el cual no había sido preparado. En ese punto de inflexión, el giro de su carrera –¿deliberado?– no estaba inscripto en un curso previsible. Entre otras opciones, tenía la alternativa de mantener una prudente indiferencia o distancia respecto de la carrera política que abría la revolución, como hizo la mayoría de los sectores económicamente dominantes.

Es posible que las motivaciones para torcer el rumbo de su tranquila y confortable vida fueran comunes a las de muchos que se embarcaron en aquella aventura sin saber, en el inicio, que estaban haciendo una revolución, y sin proyectar, todavía, el gesto más radical que llegaría unos años después con la Declaración de la Independencia. Lo cierto es que, en aquel gran teatro americano, Belgrano pasó de ser espectador de los sucesos locales y europeos a convertirse en actor –ya no de reparto sino en protagonista– del drama que puso en movimiento la conquista de la libertad en el Río de la Plata. De allí en más, los papeles que le fueron asignados lo obligaron a utilizar, cuando fue necesario, técnicas de improvisación –en especial en el campo de batalla– mientras sus rostros mutaban al calor de una obra cuyo guión se escribía sobre la marcha.

En ese guion se arropó como general de los ejércitos para librar batallas que le hicieron conocer la gloria y también la frustración de las derrotas. Lanzado a recorrer enormes y variadas geografías, desempeñó el papel de creador de la bandera celeste y blanca en las barrancas del río Paraná, sin imaginar que se convertiría, décadas después, en el emblema de una república llamada Argentina. En aquella trama pasó de vivir en incómodos y precarios escenarios de campaña a otros más cercanos a su vida anterior, tal como ocurrió cuando fue enviado en misión diplomática a Europa y se hizo retratar como “un elegante de París o Londres”, según recordaba el general Paz en sus *Memorias*. A su regreso, en 1816, no dudó en reasumir su papel de hombre letrado para aconsejar a los diputados del Congreso de Tucumán, tres días

antes de declarar la independencia, que el futuro orden político debía ser una monarquía constitucional. Tampoco dudó en proponer que la cabeza coronada fuera un descendiente de la dinastía de los incas.

Pero los cambiantes escenarios a ambos lados del Atlántico complicaban el guion del drama en el que se había embarcado Belgrano. Las expectativas iniciales de conquistar la libertad se veían amenazadas por el nuevo concierto de potencias europeas y por las divisiones irreconciliables entre las diversas tendencias revolucionarias rioplatenses. La guerra continuaba, proyectándose mucho más larga y cruenta de lo que los actores habían podido imaginar. En ese cuadro signado por la incertidumbre, volvió a adoptar el rostro de general de los ejércitos, y desde ese lugar pudo comprender las diversas guerras que se solapaban en el territorio; las luchas por liberarse del yugo español se superponían a las que internamente disputaban los contornos del futuro orden. Las pasiones desatadas le revelaron las dificultades que presentaba el sueño de la independencia, amasado en esos años al calor de un enfrentamiento bélico que dejó al desnudo el rostro de una Madre Patria devenida en aborrecible madrastra.

Mientras el ánimo de Belgrano se veía afectado por el oscuro porvenir de la gesta iniciada en 1810, su cuerpo mostraba las visibles marcas del deterioro. Arrastraba desde joven una enfermedad venérea contraída en sus años mozos de estudiante en España que, sumada al cansancio de una vida desafiada por los viajes de campaña, se hacía sentir de manera ostensible. Requerido por el Gobierno para acudir con su ejército a intervenir en el conflicto con las provincias del litoral logró pactar un armisticio con el gobernador de Santa Fe en abril de 1819. Fue una tregua efímera que no alcanzó a pacificar el convulsionado escenario rioplatense y fue también una de sus últimas intervenciones antes de delegar el mando. Sus dolencias se habían agravado, y, en esas frágiles condiciones, decidió emprender el camino de regreso a Buenos Aires a comienzos de 1820. Una vez allí pudo observar el colapso del Gobierno al que sirvió hasta último momento y la imparable fragmentación de los territorios recién emancipados. El 20 de junio, en el marco de una crisis de gobernabilidad sin precedentes, moría en la vieja casona paterna, ubicada en la actual avenida Belgrano, vecina al Convento de Santo Domingo, que alberga sus restos.

Hasta aquí, un apretado relato de la década más intensa de la vida del prócer. Una década en la que ingresó casi sin advertir el papel que ocuparía en ella y las consecuencias que habría de tener su actuación. Al menos así lo transmitía en su *Autobiografía*, escrita en 1814, luego de sufrir irreversibles derrotas al frente del Ejército del Norte. En esas notas estaba lejos de colocarse como precursor y adalid de la gesta revolucionaria, y en ellas no deja de traslucirse un cierto dejo de asombro e incredulidad: "Apareció una Junta de la que yo era vocal, sin saber cómo ni por dónde, en que no tuve poco conocimiento. Era preciso corresponder a la confianza del pueblo, y todo me contraje al desempeño de esta obligación, asegurando, como aseguro, a la faz del universo, que todas mis ideas cambiaron, y ni una sola concedía a un objeto particular, por más que me interesase; el bien público estaba a todos instantes a mi vista".

En efecto, en aquel momento huidizo en el que, sin saberlo, entraba al teatro de la Revolución, las ideas de Belgrano cambiaron. Ya no era el funcionario de la monarquía que, a través de sus Memorias dirigidas al Consulado y de los artículos periodísticos que publicaba, promovía los principios de la nueva economía política, convencido de que la Corona española debía ser el motor de las transformaciones. Tampoco era el estudiante de Salamanca que aspiraba a la condición de hombre letrado. En el sombrío contexto de su reflexión autobiográfica, era un derrotado militar que había asumido una tarea para la cual no fue nunca formado ni entrenado. Era un hombre que poco después, cuando partió en su misión diplomática a Londres, compartía la percepción de muchos de que la independencia aún no declarada era una alternativa capaz de ser defendida, negociada, renunciada o aplastada.

Como se dijo al comienzo, las narrativas históricas que lo consagraron luego al Panteón de Héroes de la Patria modelaron una imagen más unívoca de la que evocan los diversos rostros que adoptó en su trayectoria vital de cinco décadas. De la misma manera el retrato realizado por Carbonnier fue el que se popularizó a través de billetes, estampillas y cuadros que pueblan las escuelas, el relato fundacional dotó de una continuidad sin sobresaltos a la entrada de Belgrano en el drama de la Revolución. Como si su papel hubiese estado preanunciado en aquel joven ilustrado que se empapó de nuevas ideas en Europa, los mitos de los orígenes de nuestra nación naturalizaron ese momento crucial que lo llevó a participar en el guion de una trama de final abierto.

Las conmemoraciones –en este caso la de los doscientos cincuenta años del nacimiento y el bicentenario de la muerte de Belgrano– suelen recuperar esas continuidades para realizar una memoria heroica sin fisuras y trazar genealogías en las que el pasado celebrado se percibe como un rumbo inexorable y a sus protagonistas como la conciencia que modela sus principios, valores y proyectos de futuro. Volver a interrogarse, entonces, por las variaciones y rupturas de una biografía que, además de instituirse en uno de los emblemas de la nacionalidad, revela las incertidumbres y contingencias que vivieron los actores sigue siendo un camino fértil.

Como sabemos, conmemorar es siempre una invitación a establecer un diálogo con el presente y una ocasión en la que suele quedar al desnudo la distancia entre la operación crítica que anima el campo de los historiadores y los usos públicos del pasado. En esa distancia, seguramente inevitable, se cruzan distintas voces, memorias y controversias. No obstante, son fechas que habilitan a revisar los nudos centrales de nuestra historia como aquellos pasajes que nos resultan obvios o nos han pasado desapercibidos. Y en este último sentido sigue siendo inquietante –al menos para quien escribe estas líneas– el drástico giro de la trayectoria de Belgrano que nos hace regresar a la siempre ambivalente reflexión borgiana de que “ya cumplidos los cuarenta años, todo cambio es un símbolo detestable del pasaje del tiempo”.

Rosario, abril de 2020.

MANUEL BELGRANO: TRES IMÁGENES DE UNA REVOLUCIÓN

por **Juan Garrido**

WALTER BENJAMIN NOS INVITA A PENSAR QUE EL PASADO PERSISTE COMO FUERZA CUANDO DE ÉL SURGEN IMÁGENES COMO RELÁMPAGOS QUE ILUMINAN EL INSTANTE DE PELIGRO EN EL QUE VIVIMOS. LAS QUE SIGUEN SON TRES IMÁGENES DIFERENTES DE LA BIOGRAFÍA DE MANUEL BELGRANO. NO ES NECESARIO LEERLAS EN LÍNEA Y NO PRETENDEN SINTETIZAR SU VIDA, SINO SOLO ABRIR UNA PEQUEÑA VENTANA EN EL DEBATE CONTEMPORÁNEO.

Un ideal ético (y estratégico)

Hay una imagen de la vida de Belgrano que encierra un principio de respuesta a uno de los dilemas históricos de toda revolución: ¿el fin justifica los medios? Al frente del Ejército del Norte, luego del Éxodo Jujeno y la batalla ganada en Tucumán contra los realistas y contra las órdenes de Rivadavia (que exige su repliegue en Córdoba), Belgrano se enfrenta nuevamente con el ejército español en febrero de 1813 en la que es conocida como la batalla de Salta, donde obtiene su segunda victoria. Tras la rendición de los realistas, Belgrano ordena un alto al fuego y ofrece la libertad a los más de tres mil soldados sobrevivientes a cambio de que juren no volver a tomar las armas contra las fuerzas patriotas. Sobre el mismo campo de batalla, finalmente toman su juramento y entregan sus armas. Sin embargo, una parte de aquellos soldados volverá a luchar con el ejército realista al mando del general Goyeneche, quien los absuelve del juramento realizado. A Belgrano, esta decisión le valdrá violentas críticas de algunos compañeros de ejército y de quienes se ensañarán luego con su figura.

Toda revolución, nos dice Álvaro García Linera, tiene un momento gramsciano, que describe como el largo y lento camino ideológico y cultural en el que se convence a una sociedad de que una nueva época es posible, y otro, su *momento jacobino*, que define como el tiempo en el que los discursos enmudecen y las habilidades para persuadir se repliegan. Es en este último momento cuando se requiere el golpe de fuerza, o sea, la derrota material del adversario. Como general de un ejército, Belgrano no se permite distancias entre este golpe y aquella construcción cultural, no enmudece en medio de la guerra. Belgrano sostiene una ética revolucionaria, un puñado de convicciones que no pueden quebrarse sin sentir que se ha roto un lazo profundo, que une la acción –de los generales y ejércitos en la batalla– y su ideal de comunidad, su imagen de la patria; el medio con el fin.

Belgrano, entonces, tiene la certeza de que, si se produce una distancia insalvable entre ese golpe y esa construcción cultural, se abre un peligro: convertirse en lo que se desprecia del enemigo. Atento a esta posibilidad –siempre abierta entre quienes deciden transformar la época que les toca–, Belgrano no se guía como un pacifista ingenuo al permitir aquella jura y liberación en Salta, sino como quien no pierde el sentido libertario y humanista de la guerra que comanda. En medio de aquella contienda, Belgrano escribe una carta a su amigo Feliciano Chiclana, en la que dice: “Siempre se divierten los que están lejos de las balas, y no ven la sangre de sus hermanos; también son esos los más a propósito para criticar las determinaciones de los jefes: por fortuna, dan conmigo que me río de todo y que hago lo que me dicta la razón y la justicia”. Su batalla no es solo contra los realistas, sino contra sus compatriotas, aquellos agitadores de la violencia con las botas puestas... sobre sus escritorios.

Su humanismo comprende, al mismo tiempo, una estrategia. Belgrano distingue que un gesto ético puede tener la fuerza de una acción bélica. Con ese gesto de liberación busca conmover a quienes considera sus hermanos americanos y, mediante una vieja estrategia militar, procura disolver la fuerza moral de los realistas, desmoronando el núcleo de ideas que los mantiene unidos como ejército. Al pie de una victoria militar, Belgrano está convencido de que el golpe de fuerza definitivo depende de la irradiación de una idea, y no, en cambio, de un fusilamiento masivo. El Éxodo Jujeño quizás sea ejemplo de otra arista del mismo hecho: lo definitivo de una batalla

no se juega solo en las armas, sino en un pueblo convencido.

La decisión de Belgrano en aquella batalla no ha dejado de repiquetear en la historia argentina. También la encontramos en José Hernández cuando escribe la biografía del Chacho Peñaloza, quien, luego de resistir durante meses al ejército enviado por Mitre para ensangrentar el interior, decide con su contraparte realizar un tratado de paz. Una vez firmado aquel, en la provincia de La Rioja, el general Peñaloza se dirige a los jefes de Mitre, a quienes comunica que, ya terminada la lucha, es natural que los prisioneros de cada bando sean devueltos. Peñaloza manda a buscar a los suyos y, ante el silencio de los coroneles mitristas, les dice: “¿Dónde están los míos? ¿Por qué no me responden? ¡Qué! ¿Será verdad que todos han sido fusilados? ¿Cómo es, entonces, que yo soy el bandido, el salteador, y ustedes los hombres de orden y principios?”. Esta pregunta reaparece una y otra vez en la historia de nuestras clases populares. Acaso ¿no es la misma agonía que escuchamos durante la dictadura, cuando las Madres de Plaza de Mayo lograban decir, ante los dueños del orden y los principios de la argentinidad, “Nosotras solamente queremos saber dónde están nuestros hijos. Vivos o muertos, pero queremos saber dónde están”? La última dictadura militar es quizás el gran reverso de la imagen de Belgrano en la batalla de Salta. Las Fuerzas Armadas aseguran librar una “guerra” contra la subversión y ni siquiera conceden a los miles de compatriotas secuestrados los derechos que les asistirían por las convenciones internacionales. El secuestro, la tortura, el asesinato y la desaparición como modo obrar de la dictadura, un legado roto en las fuerzas armadas, un plan genocida. Se podría pensar que la respuesta democrática de las víctimas y sus familiares, quienes otorgan a los genocidas el juicio que ellos no les concedieron a sus hijos e hijas, solo tiene resultados a muy largo plazo, cuando los obtiene, pero guarda en sus venas aquel principio ético y estratégico de Belgrano, así como la dificultad y el riesgo de sostenerlo: en la lucha, no convertirse en el enemigo.

Un ideal educativo (y estratégico)

Por la victoria en la batalla de Salta, le otorgan a Belgrano un premio de 40 mil pesos. Su instrucción inmediata es que ese dinero se utilice para establecer cuatro escuelas públicas en las ciudades de Tarija, Jujuy, Tucumán y Santiago de Estero. En este hecho, es preciso reconocer no un gesto filan-

trópico –ni repentino– sino una estrategia política de largo alcance. Traza un mapa y deja un reglamento de funcionamiento con instrucciones precisas. Para Belgrano, aquí se juega el fondo de su ideal cívico: las posibilidades de fundar una nación están ligadas a la necesidad de fundar escuelas, lo que no es meta fácil, porque se trata de reglamentos nuevos que no buscan instruir a los hijos de las élites, sino a los hijos y las hijas del pueblo.

La construcción de este ideal educativo se forja al calor de su propio carácter personal. Al recordar su infancia, Belgrano cuenta que su padre era comerciante y que pudo enriquecerse para vivir y darles la mejor educación de aquella época a él y sus hermanos. En su *Autobiografía* tiñe aquel recuerdo con la cercanía de la oportunidad que el padre le ofrece, y al mismo tiempo con su distancia respecto del privilegio de clase del que fue parte. Y algo más fuerte aún: toma distancia de la educación como mecanismo de reproducción de ese privilegio. La educación debe ser popular, y Belgrano observa con claridad el piso de aquella posibilidad: becas para auxiliar a las niñas y los niños más pobres, y “escuelas gratuitas, donde pudiesen los infelices mandar a sus hijos sin tener que pagar cosa alguna por su instrucción”. Belgrano sostiene este principio con el conocimiento exacto del rechazo que provoca. Qué ocurrencia esta de que las recaudaciones de los centros más ricos de esta nación financien los útiles del hijo de un paisano pobre de Córdoba o Santiago del Estero. Belgrano sabe a qué y a quiénes se enfrenta, porque se ha criado entre ellos: “el comerciante no conoce más patria, ni más rey, ni más religión que el interés propio”.

El historiador Halperin Donghi señala que la opción en favor del bien público, al cual se sacrifica el interés privado, es la piedra de toque contra la cual Belgrano valora tanto su propia conducta como la de sus contemporáneos. Belgrano lo comprende cuando decide participar de la Revolución de Mayo: “todas mis ideas cambiaron y ni una sola concedía a un objeto particular: el bien público estaba a todos instantes a mi vista”. Las fuerzas y debilidades de nuestras escuelas surgen de esa lucha histórica –que aún persiste– entre quienes defienden el *espíritu público* y quienes solo se mueven por su propio interés. Lo interesante es que Belgrano no presenta esta disyuntiva solo como un debate de principios, sino como una discusión en torno al futuro de la nación. En las escuelas –señala– se deberá aprender a leer y escribir, la Aritmética, la Doctrina cristiana y los primeros rudimentos de los Derechos y

obligaciones del hombre y de la mujer. Sí, entre ellos, Belgrano resalta siempre el derecho de las niñas a la educación. Se deben construir las bases de un fuerte humanismo cívico y, con igual fuerza, se debe educar para el trabajo. Belgrano repite –una y otra vez– una figura odiosa y problemática, la del *pueblo ocioso* –que tantos debates aún provoca–, y sostiene que el indio y el gaucho, quienes componen las filas más bravas de sus propios ejércitos, pueden transformarse en trabajadores. Así, la educación popular, para Belgrano, encierra un plan de desarrollo industrial, que incluye el fomento de la educación técnica y de oficios y la creación de escuelas de agricultura, arquitectura, hilandería, comercio, náutica y dibujo. ¡Sí, dibujo! Ningún carpintero, bordador, sastre, herrero o zapatero –dice Belgrano– podrá hacer bien su trabajo si no sabe dibujar; tampoco tendremos buenos planisferios, y los litigios entre agrimensores serán infinitos. Belgrano traza un mapa en medio de la guerra de la Independencia, donde los puntos de referencia que imagina son escuelas y fábricas.

Esta imagen hecha con viejos reglamentos no solo une a Belgrano con la escuela pública, sino que une la educación pública con la gesta de una revolución. Quizás este lazo oculto sea el que desprecien los viejos y nuevos detractores de la escuela pública. El programa de la Revolución de Mayo marca las bases de aquel viejo reglamento firmado por Belgrano, en el que dice: “El Maestro procurará inspirar a sus alumnos amor al orden, moderación y dulzura en el trato, sentimientos de honor, amor a las ciencias y un espíritu nacional que les haga estimar en más la calidad de Americano, que la de Extranjero”. Como puente a nuestra próxima imagen, destacamos estas últimas palabras: la escuela pública se construye, también, sobre un ideal pedagógico de descolonización.

Un ideal sudamericano (y estratégico)

Toda revolución, tarde o temprano, se enfrenta al desafío de lograr la estabilidad del acontecimiento disruptivo que le dio lugar. Si un proceso de liberación desestima el problema del orden, desatiende el momento de construcción política necesario para garantizar el cambio anhelado, propicia la fragmentación de lo que ha sido gesta colectiva, renuncia a imaginar modos de organización fieles a las esperanzas que han movilizad a un pueblo hacia la transformación. No es asunto sencillo dirimir la mejor forma de llevar

a cabo un programa revolucionario; tampoco lo es definir quiénes se harán cargo. Menos aún si se asume que este no es un asunto de manuales de estilo político, sino un conflicto histórico que se juega en un campo de fuerzas vivas, con intereses económicos y territoriales en disputa, facciones políticas, tradiciones culturales, costumbres sociales, capacidades colectivas e individuales.

El Congreso de Tucumán de 1816 tenía el objetivo de consolidar la gesta de la Revolución de Mayo, promover un orden nuevo, disminuir las enemistades internas y unir a los pueblos que la protagonizaron. El significado de aquel Congreso se liga siempre al 9 de julio y a la Declaración de Independencia; sin embargo, los debates sobre qué forma de gobierno se debía asumir se iniciaron el 25 de marzo en aquella ciudad. El 6 de julio, Belgrano, quien recién ha llegado de Europa, participa del debate y sostiene que los países europeos tienen gran estima por la revolución americana, pero que esta ha empezado a decaer por la *anarquía* extendida desde 1810. Para revertir eso, expone que la mejor forma de gobierno es una monarquía cuyo rey debería ser un descendiente de los incas y cuya capital correspondería instalar en el antiguo centro administrativo imperial: el Cuzco. Su posición ha quedado transcrita así: “la forma de gobierno más conveniente, sería la de una monarquía temperada, llamando la dinastía de los Incas, por la justicia que en sí envuelve la restitución de esta casta, tan inicua y despojada del trono por una sangrienta revolución; que se evitaría en lo sucesivo con esta declaración y el entusiasmo general de que se poseerían los habitantes del interior”. Si bien estas palabras no han sido las más rescatadas por la historiografía, el *despojo*, la *justicia* y el *entusiasmo* eslabonan su planteo político. En su biografía de Belgrano, Bartolomé Mitre afirma que esa idea “estaba en la cabeza de muchos pensadores, y que tenía su razón de ser sino en los hechos, por lo menos en la imaginación, que a veces gobierna a los pueblos más que el juicio”. Sería importante restituir el valor de esa dimensión imaginaria de los pueblos y advertir que ese ideal de Belgrano nace de fuertes raíces históricas y supone posibilidades reales de ejecución. Revisemos primero la idea y luego el plan.

Belgrano sabe que la idea del regreso del inca tiene una enorme resonancia dentro del territorio andino, así como en el resto del continente. La imaginación popular ha gestado muchas veces la figura del retorno, porque esta ex-

presa un ánimo colectivo que pretende menos repetir la historia que recordar un momento histórico, diferente al presente, y contagiar un anhelo común, ese entusiasmo de los pueblos del interior que Belgrano subraya en Tucumán. Pero no se trata solo de una utopía, dado que la sociedad inca existió y tuvo un nombre –el Tahuantinsuyo–, unos gobernadores –los incas– y una capital –el Cuzco–. La dinastía inca ofrece o, mejor, ofrenda a las clases populares de Sudamérica una doctrina de la solidaridad frente al individualismo y a la imagen invertida del mundo colonial: un gobierno indio, un mundo donde hombres y mujeres de los Andes vuelven a gobernar. Y algo más, que vuelve aquella idea amenazante: los incas tienen vivos a sus descendientes.

En Tucumán, que es la frontera sur del antiguo imperio del Cuzco, se agita aquella idea. El plan de Belgrano no tiene en el horizonte la construcción de la actual Argentina, sino de un eje geopolítico más poderoso que incluya a lo que hoy es Perú, Bolivia y Chile: una gran nación sudamericana que pueda gravitar de otra forma en las disputas del mundo. No es un expositor más, habla como jefe de los Ejércitos del Alto Perú y cuenta con el apoyo de San Martín, quien prepara la fuerza para liberar Chile y Perú desde Cuyo, y de Martín Güemes, al mando de las tropas del norte, desde Jujuy. Tucumán está custodiada; debe deliberar y definir los destinos patrios. San Martín considera que, si la monarquía incaica es aprobada, esta va a significar un verdadero apoyo logístico y político para los proyectos de su acción militar; en el mismo sentido, aquella es celebrada por Güemes. Ahora, para Belgrano, ¿quién es ese legítimo sucesor, capaz de conducir este proceso político anunciado?

En 1977, desde Purmamarca, el historiador argentino Eduardo Astesano escribe el extraordinario libro *Juan Bautista de América. El Rey Inca de Manuel Belgrano*. Allí, Astesano sostiene que el plan de Belgrano no era extravagante e insostenible, como Mitre señalaba. También, que ese plan proponía como sucesor al quinto nieto de José Gabriel Túpac Amaru, líder de la última gran sublevación indígena contra la dominación española, torturado y asesinado treinta años antes de la Revolución de Mayo. Juan Bautista, testigo de aquella sublevación, condenado ‘por su sangre’ al destierro y al encierro por más de 40 años en las mazmorras españolas, logra salir en 1823 y llegar a Buenos Aires. Juan Bautista escribirá sus memorias y morirá cuatro años más tarde allí, en la misma ciudad cuya dirigencia despreciaría la propuesta de Belgrano. Aceptar a Cuzco como la capital significaría entregar el control

administrativo, simbólico y territorial; por su parte, reconocer a un indígena como rey sería terminar con el ideal de superioridad racial de sus clases dominantes. La prensa de la época solo responderá con burlas: “El monarca en ojotas”, “el rey patas sucias”, y la casta política lo hará con el traslado del Congreso de Tucumán a Buenos Aires, con el que se iniciará una larga saga de desencuentros nacionales.

Belgrano, abogado, hijo de comerciantes, nacido en Buenos Aires, rompe la corporación del puerto y propone un ideal latinoamericanista compuesto de un gesto de justicia: la entrega del poder de una revolución a quienes mejor la representan, un indio y su linaje. Es un gesto radical y reparatorio. Salvando las distancias ‘o quizás solo sea posible verlo a la distancia’, ese gesto vuelve entre nosotros cuando Evo Morales, primer presidente indígena de Bolivia, reconoce en mayo de 2010 a un abogado nacido en el punto más austral del continente, Néstor Kirchner, como “el primer presidente de Sudamérica”. Era el primer secretario general de la Unión Sudamericana de Naciones (Unasur). “El rey tuerto” podría haber titulado la prensa, pero no se animó. Hay imágenes que pueden volver como fuerza. Recorrer la historia de la posición de Belgrano en Tucumán quizás ilumine ese fragmento del Himno Nacional Argentino, recortado a principios del siglo XX: “Se conmueven del Inca las tumbas/ y en sus huesos revive el ardor/ lo que ve renovando a sus hijos/ de la Patria el antiguo esplendor”.

Córdoba, mayo de 2020.

BELGRANO. ESCENAS DE UN PASADO PRESENTE

por **Diego Caramés** ⁴

¿Hay algo, además de una fecha, que nos mueva a evocar la figura de Belgrano? ¿Hay algo que nos convoque, que vibre en presente, cuando narremos escenas de su biografía, de esa historia que es individual pero también irremediablemente colectiva? No es una pregunta retórica. Es una cuestión que bien podría responderse por la negativa, y entonces sería preciso dar exclusividad a la ciencia histórica para que hable de aquello acontecido en un tiempo remoto, tan distante, tan distinto al nuestro. No es una pregunta retórica ni insólita. Hace poco, escasos años atrás, desde el vértice del gobierno nacional, se construyó una disyunción sobre los símbolos de la comunidad; una disyunción -de máxima significación cultural- entre la vida y la muerte, donde los animales autóctonos quedaban del lado vital, y nuestros próceres, como objetos inanimados. Sería imprudente quitar relevancia a la fuerza de interpelación que tuvo ese gesto, cuya vigencia permanece en uno de los pilares más castigados de nuestra soberanía: la moneda nacional.

Entonces, volvamos al comienzo, para repreguntar: ¿hay algo vivo, algún nervio, cierto gesto, una astilla, al menos, de ese nombre singular -Belgrano- que resulte caro a nuestra actualidad, a este colectivo de mujeres y hombres que apostamos a construir un horizonte común, en este tiempo y en este lugar? Con esta pregunta quisiéramos volver a revisar algunas escenas, algunas claves y problemas que traman su vida, para interrogar su contemporaneidad.

⁴ Con la colaboración de Julia Rosemberg.

1. La revolución como acontecimiento

Hay una primera advertencia, hecha hace tiempo por los historiadores, que siempre es preciso atender, y tanto más para el “caso-Belgrano”: no reconstruir las biografías –ni la historia en general– como si hubiera eventos o trayectorias predestinados. El compromiso político de Belgrano con la Revolución y con el proceso independentista que ella abre no estaba “escrito en las estrellas”. De hecho, en los primeros años del siglo diecinueve, la independencia ni siquiera era un proyecto extendido en el Río de la Plata. La anécdota es conocida: Belgrano charla con el derrotado general Crawford, tras su rendición en la segunda invasión inglesa; fracasada la conquista, intercambian impresiones sobre el horizonte político: “Convino conmigo, escribe Belgrano en su *Autobiografía*, “y manifestándole cuánto nos faltaba para lograr nuestra independencia, difirió para un siglo su consecución. ¡Tales son en todo los cálculos de los hombres! Pasa un año, y he ahí que sin que nosotros hubiésemos trabajado para ser independientes, Dios mismo nos presenta la ocasión con los sucesos de 1808 en España y en Bayona”.

Al hijo de un rico comerciante italiano, el joven que se marcha a España a estudiar leyes y vuelve para tomar posesión del recién fundado Real Consulado de Comercio de Buenos Aires; a este joven letrado, entonces, el “destino” –si hubiera tal cosa– parece conducirlo por las sendas del proyecto liberal: la producción intelectual, como publicista del nuevo ideario, y el desarrollo del comercio, que tanto promete en el transitado puerto rioplatense. En esos derroteros civiles anda Belgrano, en el trabajo incesante por arrimar algo de aquel progreso ilustrado a estas barrosas costas, cuando aquella parte de la política que no es previsión ni cálculo, sino acontecimiento, irrupción abrupta, produce un quiebre y desvío en su biografía.

Algo despunta con las invasiones inglesas, pero no hay allí ni fervor ni altas expectativas. A ellas las recuerda Belgrano sin mucha épica –casi ninguna–, y, más allá de aquella charla postrera con el general británico, lo que abunda son descripciones fugaces de la confusión y la falta de preparación, propias y ajenas: al tiempo que confiesa desconocer los rudimentos de la milicia y menciona el poco respeto que logra entre sus subordinados, también se asombra del “estado miserable de educación de mis paisanos”, nada de lo cual augura una promisoriosa carrera militar.

No. En 1807 todavía se percibe que falta un siglo para una verdadera transformación. Pero llegan noticias de España, y el tiempo se acelera. Grupos de hombres que no estaban destinados a reunirse comienzan a trabajar juntos, a explorar posibilidades, a compartir palabras y horizontes. De golpe se hace claro, dice Belgrano, que “no podía presentársenos época más favorable para adoptar el partido de nuestra redención, y sacudir el injusto yugo que gravitaba sobre nosotros. “De golpe, “mi corazón se ensanchó y risueñas ideas de un proyecto favorable vinieron a mi imaginación”. De golpe, la revolución. Y se sabe: los hombres hacen la revolución tanto como esta hace a los hombres. Entonces, la seguridad y comodidad del funcionario letrado troca en la incertidumbre del militar patriota. Marchas y contramarchas. De nuevo: las tensiones entre el deseo de lo que se anhela y los recursos con los que se cuenta (sobre todo, ese elemento escaso que Belgrano registra una y otra vez: la educación, la falta de preparación de “mis paisanos”). Lo único que salda todas las deficiencias es la absoluta convicción en la redención futura y la voluntad colectiva que la sostiene.

¿Qué saben hombres y mujeres, cuando llevan adelante proyectos colectivos, sobre el devenir de eso que hacen? ¿Qué saben, y qué pueden saber de lo que ocurrirá? Nada. Muy poco. Porque no hay destinos. Y sin embargo, se puede creer en uno. La potencia de la política –ayer y hoy– se juega en esa creencia. En la posibilidad de una transformación radical del estado de cosas actual. Eso era la Revolución, entre otras cosas, para Belgrano, al igual que para los revolucionarios de Mayo de 1810. Nadie hace una revolución con la plena certeza de lo que ocurrirá, pero tampoco puede realizarse sin la convicción de que una transformación tal es posible.

2. Del yo al nosotros: por un patriotismo republicano

Aquellas escisiones entre lo que se sabe y lo que se desconoce, entre el sentido presente de los acontecimientos y el rumbo que tomarán en el futuro, constituyen el trasfondo abismal de toda práctica política, su condición de apuesta sin reaseguros. Algo de esto aparece en un fragmento de la novela de Andrés Rivera *La revolución es un sueño eterno*, en la que un pensamiento de Castelli reverbera en las figuras de Moreno, de Paso y, sobre todo, de su primo: Belgrano: ¿Qué estaban jurando en la sala capitular del Cabildo en ese mayo de 1810?

Belgrano cuenta que no sabe cómo ni por qué llega a ser vocal de la Primera Junta, pero sí sabe qué representa: “Era preciso corresponder a la confianza del pueblo, y todo me contraje al desempeño de esta obligación, asegurando, como aseguro, a la faz del universo, que todas mis ideas cambiaron, y ni una sola concedía a un objeto particular, por más que me interesase: el bien público estaba a todos instantes a mi vista”. Una y otra vez aparece en su *Autobiografía* la convicción de que la política implica, en términos individuales, el abandono del interés personal en favor del interés general; de allí provienen las críticas a los comerciantes españoles y criollos, demasiado cegados por el egoísmo, cuando narra su paso por el Consulado de Comercio. Si hay algún deslizamiento aquí -en esta Autobiografía escrita en 1814-, si Belgrano proyecta sobre escenas previas a la Revolución de Mayo valoraciones políticas que cristalizarían después, hay que adjudicarlas menos a su malicia que al poder pregnante de la revolución: una vez que se hace esa experiencia, sólo es posible pensar -y escribir- a través de ella.

En aquella idea de la defensa irreductible del bien común radica el núcleo de su patriotismo republicano. El necesario correlato ético de esta idea serán la abnegación y el sacrificio en favor de una causa colectiva, que mantendrá vigentes hasta el fin de sus días, signados por la enfermedad y la pobreza. Por último, aquella convicción patriótica se expresa también en su pensamiento económico, bastante más etiquetado que leído. Ni el fisiocratismo ni el mercantilismo alcanzan para explicar plenamente su mirada de la economía, pero en ella sí es posible reconocer la prevalencia del bien común, incluso para redefinir la libertad: “Las restricciones que el interés político trae al comercio no pueden llamarse dañinas. Esta libertad tan continuamente citada, y tan raramente entendida, consiste sólo en hacer fácil el comercio que permite el interés general de la sociedad bien entendida. Lo demás es una licencia destructiva del mismo comercio”.

Paradojas del presente. En fechas como esta, a punto de cumplirse el bicentenario del fallecimiento de Belgrano, se subraya el aparente consenso alrededor de su figura. Y sin embargo: ¿quién de nuestros liberales actuales, quién de aquellos que asocian el significativo república a la libertad de enriquecimiento y a la supresión de impuestos, podría levantar alguno de estos jirones de su ideario patriótico?

3. Dilemas de los pueblos

Si la Revolución de Mayo interrumpe la vida de Belgrano y produce un desvío, si es el acontecimiento que lo enlaza a un proyecto colectivo –al servicio de la independencia– sostenido en una voluntad común, hay una pregunta que la Revolución no responde –antes bien: la expande sin contornos precisos–, y es la que se refiere a la cuestión del nosotros: ¿quiénes son los que promueven el interés general? ¿Por qué pueblo se combate? ¿Cuál es el contorno preciso de la patria?

Todos esos interrogantes irán cobrando diversas formas a lo largo del derrotero político-militar de Belgrano. La propia vivencia del proceso independentista arroja sentimientos ambivalentes. No se puede comparar esta guerra con la invasión de una potencia extranjera. Después de todo, ¿no hay criollos en los dos bandos enfrentados? Incluso, como le escribe al general realista Goyeneche, ¿no se parece esto más bien a una “guerra civil” que surca y desangra el suelo americano? Los propios mandos de las fuerzas en conflicto se conocen y, en algunos casos, se han formado en las mismas instituciones. En los combates, los hombres de uno y otro ejército se mezclan y se confunden constantemente. Sobre esto, es conocida la escena que cuenta el general José María Paz en sus *Memorias*: en plena batalla de Tucumán, Paz se cruza con un soldado al que no identifica y, de inmediato, le pregunta a qué ejército pertenece, a lo que el soldado responde: “Al nuestro”; la acción continúa con un intercambio tragicómico, en que los intentos de clarificar el equívoco fracasan una y otra vez, hasta que otro soldado viene al auxilio de Paz y apuñala al primero. Es en ese contexto, y por esa razón (entre otras), que Belgrano considera necesaria la creación de una bandera; un símbolo claro que permita la identificación de un nosotros en el combate, al tiempo que ayuda a conformarlo fuera de él.

Al mismo tiempo, las luchas por la independencia no se libran solo en el Río de la Plata. En poco tiempo, todo el continente se ve convulsionado por conflictos entre patriotas y realistas. Pero, más allá del enemigo común, ¿qué patria proyectan los revolucionarios?, ¿la que estaba demarcada por los territorios virreinales? ¿Cómo se conjuga la identidad rioplatense con la americana? ¿Bajo qué unidad política puede defenderse la nueva –¿o no tan nueva?– patria? Belgrano capta tempranamente que la revolución abrió un

peligro novedoso: el desmembramiento político y territorial de lo que antes estaba unificado por la autoridad virreinal. La nitidez de la institución política que está sucumbiendo contrasta con lo confuso del orden naciente.

Tomada desde el lado del sujeto, del pueblo que abraza la causa patriota, la cosa no resulta más clara. En la proclama al pueblo misionero, Belgrano encarna el mandato igualitarista de la Revolución, que viene a “restituir” los derechos de libertad, propiedad y seguridad a los indios, al tiempo que recela –no pocas veces– de la fibra patriótica de los comerciantes poderosos, más atentos a las ganancias individuales que a la consagración de un nosotros amplio. Pero ¿los gauchos y los indios podían formar parte del mismo pueblo junto con los “vecinos” y los comerciantes criollos? Todas las tensiones raciales, culturales y de clase conviven en ese incipiente nosotros, y Belgrano se cruza con ellas a cada paso, en cada ciudad, como si la consistencia de esa entidad colectiva pendiera siempre de un hilo. Será Mitre, precisamente, en *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina*, quien entronice su figura, intentando al mismo tiempo neutralizar la heterogeneidad y conflictividad de ese nosotros rioplatense con la idea del “crisol de razas”.

Algo nos separa de Belgrano y de aquellas incertidumbres. Hoy sabemos que las fuerzas patriotas se impusieron y sabemos qué contornos territoriales se han definido –no sin conflictos– bajo la forma de los Estados nacionales y plurinacionales. Y poco más sabemos. El resto de los interrogantes parecen acercarnos al general del Ejército del Norte: ¿cómo se lleva nuestra condición de argentinos con el nosotros latinoamericano? ¿Hay un deseo colectivo de vivir en la Patria Grande? ¿Bajo qué forma, con qué articulaciones políticas se alcanzaría? El significante “pueblo”, a su vez, ha conservado las tensiones sociales, culturales y raciales, superponiendo nuevas identidades y multiplicando los antagonismos. Desde ya, no afirmamos que se trate de los mismos problemas; no es difícil constatar las transformaciones significativas, las rupturas y nuevas conflictividades que constituyen al sujeto de la soberanía popular. Y sin embargo, algo de aquellas obsesiones, la pregunta por el deseo de comunidad política, la necesidad de trabajar colectivamente por el interés general y por conquistar una patria libre y soberana mantienen una vigencia singular.

Para terminar, unas palabras más sobre el “lugar” de Belgrano, sobre sus lecturas. En las últimas décadas se ha promovido una revisión crítica del trato solemne que muchas instituciones, la escuela especialmente, han brindado a nuestros próceres. El campo historiográfico, pero también la crítica cultural y las ciencias educativas han hecho agudos y saludables aportes para construir una mirada más compleja de los fenómenos históricos. Hoy tomamos en cuenta la “larga duración” de los procesos y la multicausalidad que los explica (ayudando a mitigar los efectos pedagógicos no deseados de las efemérides), al tiempo que también reconocemos la importancia de los colectivos de hombres y mujeres anónimos, sin los cuales ninguna transformación de peso ha sido posible.

Como un elemento central de este movimiento de revitalización, se ha extendido la condena a los tonos épicos que todavía mantienen muchos abordajes del pasado. Se trata de una condena metodológica pero también, y sobre todo, política; se señalan –implícita y explícitamente– los prejuicios que trae todo fervor excesivo. Nada diremos de estas prevenciones tardevilustradas ni de los prejuicios que las sostienen. Sí, en cambio, quisiéramos deslizar una hipótesis para colaborar con una discusión abierta.

Suele mostrarse la potencia que ha tenido la ironía para desmontar el dispositivo épico, celebrando sus consecuencias historiográficas y políticas. Se sabe: allí donde la épica tiende a suprimir, a borrar de un plumazo todas las flaquezas, todas las divergencias entre lo que el héroe proclama y lo que efectivamente hace, entre lo que promete y lo que conquista, la ironía trabaja sobre ello, lo analiza, mostrando agudamente cada una de esas desventuras, cada equívoco y sus funestas consecuencias. Imposible no reconocer todo lo que el dispositivo irónico ha descubierto a la investigación histórica; tan imposible como negar las sonrisas que nos ha provocado el descubrimiento de algunas torpezas –y tantas otras bajezas– de nuestros consagrados en el mármol. Lo que no es imposible –y más bien encontramos deseable– es evitar el cinismo político al que se tiende, necesariamente, como única opción frente a esa disyunción.

Frente a la perspectiva épica y a la irónica, podemos descubrir otra, no tan extraña ni lejana: la forma dramática. Algo de esa forma está presente en no pocos pasajes de la autocomprensión histórica del Belgrano. Sus dudas

sobre el destino de la patria y del proceso independentista en general -solo mitigadas por su fe religiosa- junto con el reconocimiento de los errores, propios y ajenos, tornan visible la persistencia de una voluntad política antes que la solvencia clarividente de quien se sabe un héroe. En el drama belgrano tallan tanto los éxitos como las caídas, y la gloria del Éxodo Jujeño no mitiga las derrotas de la segunda campaña al Alto Perú ni los fracasos diplomáticos en Europa. En ese arco complejo se traza la perspectiva dramática de la historia, que puede asumir las falencias y vacilaciones de los hombres y mujeres que actúan colectivamente en favor del interés general, sin por eso renunciar a la persistencia del compromiso. Una perspectiva que quizás ayude a comprender por qué en la última década, aquella que comenzó con los festejos de otro bicentenario, algunas de las palabras que tramaron la biografía de Belgrano –“patria”, “revolución”, “independencia”– volvieron a resultar convocantes, a interpelar como algo más que puro pasado histórico.

Buenos Aires, mayo de 2020.

LA SUTILEZA DE UN HÉROE

por **Florencia Abbate**

SENSIBLE, COMPASIVO Y DESINTERESADO, BELGRANO MERECE SER RECORDADO POR SUS MÉRITOS HUMANOS MÁS QUE POR SUS TRIUNFOS MILITARES. AMANTE DE LAS IDEAS Y DE LA CONVERSACIÓN, MÁS QUE DE VIOLENCIA, NUNCA HABÍA SOÑADO CONVERTIRSE EN UN LÍDER DE EJÉRCITOS Y SÓLO POR SU ALTO SENTIDO DEL DEBER ASUMIÓ ESA TAREA PARA LA QUE FUE LLAMADO. HONRARLO COMO EJEMPLO ACASO IMPLIQUE RECUPERAR ESOS INSTANTES DONDE BRILLA SU DIGNIDAD Y SU TERNURA.

1. Los encantos del joven Belgrano

Nacido el 3 de junio de 1770, Manuel Belgrano fue un joven elegante y refinado, intelectualmente curioso y con un alto código ético. Un instinto hacia la gloria lo llevó a desear algo diferente al destino que su padre le había asignado para seguir desarrollando la prosperidad comercial de la acaudalada familia. Cuando Domenico decidió enviarlo a España para que fuera su agente en los negocios, a Manuel se le ocurrió modificar los planes y dedicarse a estudiar Derecho, y lo apoyaron. En su *Autobiografía*, recuerda con evidente placer aquellos años juveniles como privilegiado estudiante en España: “contaba con una libertad indefinida, estaba entregado a mí mismo, a distancia de dos mil leguas de mis padres, y tenía cuanto necesitaba para satisfacer mis caprichos”.

Durante esos años, Manuel se dedicó a disfrutar y aprender de la vida relajada de los salones, un ambiente eminentemente regido por el gusto femenino y basado en la cultura de la conversación. Cada salón tenía como anfitriona a una mujer, amante de las artes y la filosofía; y la finalidad de estos encuentros era disfrutar de una compañía agradable, refinar el gusto y adquirir co-

nocimientos a través de la charla y la lectura. La idea era que la conversación tenía una función educativa y civilizadora, sustentada en el intercambio de ideas y en la escucha atenta y respetuosa de la palabra ajena.

La influencia de las ideas ilustradas y liberales le llegó a Manuel a través de esos salones en los que también adquirió una desenvoltura cosmopolita. Estaba en España cuando ocurrió la Revolución francesa, y, en ese ambiente en el que él se movía, no se hablaba de otra cosa que de aquella transformación política y cultural. Con el tiempo, los salones españoles donde circulaban las emancipatorias ideas ilustradas empezaron a ser replicados también en algunas de las colonias de América, por ejemplo, el salón de Manuela Cañizares en Quito, donde la noche del 9 de agosto de 1809 se organizaron los eventos para la proclamación del primer grito independentista latinoamericano.

Pero aquellas tertulias también eran espacios que se aprovechaban para mostrar en sociedad las cualidades de las jóvenes que debían casarse y para arreglar su matrimonio. Como es sabido, el matrimonio de las hijas de las familias adineradas era una cuestión de crucial importancia; por eso, en los matrimonios de la época el amor era lo de menos. En esto, como en muchas otras cosas, Belgrano fue poco convencional. Nunca se casó ni estuvo interesado en casarse para formar una familia por conveniencia. Más bien se dejó llevar por los encantos de la conversación, que también es un arte de la seducción. Y así fue como, en uno de los salones que frecuentaba en Buenos Aires, en 1802, conoció a María Josefa Ezcurra y se convirtió en su amante a lo largo de varios años. Esos abrazos en las sombras traerían un embarazo y un hijo, Pedro Rosas y Belgrano, quien, apenas nació, el 29 de julio de 1813, fue adoptado y criado por la hermana de su madre, Encarnación Ezcurra, y su marido, Juan Manuel de Rosas.

José Celedonio Balbín, un comerciante que conoció muy de cerca a Belgrano en Tucumán y Buenos Aires, contó esta anécdota de los años de la guerra: "El general Belgrano era un hombre de talento cultivado, de maneras finas y elegantes, gustaba mucho del trato de las señoras; un día me dijo que, algo de lo que sabía, lo había aprendido en la sociedad con ellas. Otro día me dijo `Me lleno de placer cuando voy de visita a una casa y encuentro en el estrado, en sociedad con las señoras a los oficiales de mi ejército; en el trato con ellas los hombres se acostumbran a los modales finos y agradables, se ha-

cen amables y sensibles; en fin, el hombre que gusta de la sociedad de ellas, nunca puede ser un malvado'. Ésta ocurrencia me hizo reír mucho".

Lo que a algunos podría causarles risa es, en realidad, un factor admirable: Belgrano equiparaba la sensibilidad de las mujeres con lo civilizado, tal como había aprendido en aquellos salones europeos en los cuales se dio cuenta de que no le interesaba ser un comerciante, como quería su padre, sino que aspiraba a convertirse en un hombre de letras influyente, que ayudara a modernizar las instituciones de la anquilosada monarquía española en función de un ideal: el del "bien común". En ese sentido, parece una extraña y mala broma del azar que este hombre con esas inclinaciones culturales haya tenido que convertirse, a los cuarenta años, en un jefe militar. Belgrano bien podría haber hecho suya esa frase del escritor Fontanelle, quien decía: "Odio la guerra porque acaba con la conversación".

2. El militar accidental

Manuel había regresado de España con un cargo digno de enorgullecer a su familia: fue nombrado secretario perpetuo del Consulado de Comercio de Buenos Aires a mediados de 1794 y ejerció ese cargo hasta poco antes de la Revolución de Mayo. En los cinco años siguientes a su nombramiento murieron sus padres: Domenico en 1795 y María Josefa en 1799. Belgrano podría haberse dedicado a no hacer nada y disfrutar de las ventajas de ese puesto acomodado, que ni siquiera había tenido que esforzarse para conseguir, ya que él mismo ha dicho que se lo dieron "sin que hubiese hecho la más mínima gestión para ello"; pero seguía persiguiendo la gloria.

Quería destacarse por incorporar ideas audaces y novedosas, y se ocupó de difundir algunos de esos conocimientos que había aprendido en Europa a través de sus artículos, publicados en los primeros periódicos de Buenos Aires, y fue también editor y traductor. De esa época data, por ejemplo, su texto "La Educación", que plantea la necesidad de educar a las mujeres. Este era todo un debate que había comenzado con la Revolución francesa y que había tenido notables expresiones, como la obra *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), de la pionera feminista inglesa Mary Wollstonecraft.

El texto de Belgrano no era tan radical como los de Wollstonecraft, pero sí bastante incisivo considerando el contexto, ya que exhortaba al Gobierno a crear escuelas públicas para niñas, con el argumento de que eran las mujeres las encargadas de criar a la progenie. Y esa madre “¿qué ha de enseñarles, si a ella nada le han enseñado?”, se preguntaba retóricamente Belgrano, y declaraba abiertamente: “Mas por desgracia el sexo que principalmente debe estar dedicado a sembrar las primeras semillas lo tenemos condenado al imperio de las bagatelas y de la ignorancia: el otro, adormecido, deja correr el torrente de la edad y abandona a las circunstancias un cargo tan importante”.

Esta propuesta de Belgrano fue completamente desoída. La monarquía católica no tenía ningún interés en educar a las mujeres ni le parecían necesarias otro tipo de reformas que el joven secretario proponía. Por su mente abierta y sus propuestas innovadoras en materia de industria, comercio y educación, Manuel se encontró permanentemente en conflicto con las tendencias conservadoras de los vocales del Consulado, todos ellos grandes comerciantes con intereses propios en el comercio monopólico con Cádiz, y no fue mucho lo que pudo lograr desde su puesto. Incluso, se escandalizó cuando a la Corona “alguna vez se le ocurrió favorecer la agricultura, y para darle brazos, adoptó el horrendo comercio de negros y concedió privilegios a quienes lo emprendiesen”. Manuel llegó a la conclusión de que aquellos hombres españoles no pensaban en el “bien común”, si no era para canalizarlo en beneficio de sus propios asuntos privados. Entonces acabaron por aburrirle la mediocridad y la monotonía de los acontecimientos en el Consulado, y se vio seducido por la causa de la insurrección para la construcción de un poder más autónomo.

Participó en el cabildo abierto del 22 de mayo y votó por el reemplazo del virrey por una junta, que fue la propuesta vencedora. El 25 de mayo fue elegido vocal de la Primera Junta de Gobierno, sin entender él mismo muy bien lo que estaba pasando: “Se vencieron al fin todas las dificultades, que más presentaban el estado de mis paisanos que otra cosa, y aunque no siguió la cosa por el rumbo que me había propuesto, apareció una junta, de la que yo era vocal, sin saber cómo ni por dónde”.

Poco después advendría la segunda gran sorpresa, tener que hacerse cargo de tropas militares: la Primera Junta nombró a Belgrano al mando de la

expedición a la provincia del Paraguay, algo que le resultó insólito y un poco temerario porque él no tenía ninguna formación militar; pero sintió que debía acceder por una cuestión de honor: “Admití porque no se creyese que repugnaba los riesgos, que sólo quería disfrutar de la Capital (...) sin embargo de que mis conocimientos militares eran muy cortos”.

Imaginemos a este hombre intelectual, que hablaba con fluidez tres idiomas y estaba acostumbrado a moverse en el ritmo regular y contenido de las instituciones, y a quien una revolución acababa de sorprender, teniendo que lidiar con un ejército, como un barquero que, sin haber navegado nunca en ríos, se viese, de repente, arrojado a la alta mar.

Al regreso de su fallida campaña por Paraguay, el Primer Triunvirato lo envió a las barrancas de Rosario, primero, y al Ejército del Norte, después, exigiéndole cada vez más una vocación militar que le era ajena, como le dijo en una carta a San Martín en 1813: “¡Ay! amigo mío. Y ¿qué concepto se ha formado Ud. de mí? Por casualidad o mejor diré, porque Dios ha querido, me hallo de General, sin saber en qué esfera estoy; no ha sido ésta mi carrera y ahora tengo que estudiar para medio desempeñarme y cada día veo más y más las dificultades de cumplir con esta terrible obligación”.

3. La dignidad a toda prueba

La historiografía ya ha probado que Belgrano debió hacerse cargo de ejércitos con escasa disciplina y formación. Carecía de un cuerpo regular de veteranos como los del ejército enemigo; la mayor parte de sus oficiales no tenían experiencia, eran jóvenes presuntuosos e irresponsables, nombrados por influencias políticas o por vínculos sociales. Tomás de Anchorena, quien era secretario de Belgrano, evocó de este modo las labores de Manuel en el Ejército del Norte: “Es necesario que el General visite los cuarteles, para que se barran, porque de lo contrario la tropa se atolla en la inmundicia y se enferma; que recorra continuamente los hospitales, el parque y maestranza, pues de no, todo está en desorganización; y, por último, que ande por las calles, de día y a deshora de la noche, celando la tropa, para que no juegue ni se reúna en las pulperías, porque ni para ésto, ni para contener de noche en los cuarteles a los soldados, sirven los Sres oficiales, todo su Dios y atención es

la de recorrer estrados, jugar y fornicar con cuanta puta se les presenta, para después salir enfermos y licenciarse al mejor tiempo, a pretexto de curarse”.

Pese a todo eso, Manuel tenía una grande y sencilla firmeza en las circunstancias adversas, así como una capacidad inusual para acomodarse a cualquier evento que la fortuna acabara de improvisar. Los testimonios de quienes lo conocieron en los años de la guerra lo describen como un hombre que no buscaba nunca su propia comodidad, que era muy honrado, desinteresado, recto; que perseguía el juego y el pillaje en su ejército y no permitía que se le robase un solo peso al Estado.

En su campaña por el Alto Perú, conoció dos triunfos y dos derrotas. A decir verdad, ninguna de las victorias parece haberse dado como consecuencia de alguna brillante estrategia militar. El primer triunfo fue la batalla de Tucumán. Belgrano debía frenar el avance del hasta entonces imparable “Ejército Grande” de Pío Tristán. No era tarea sencilla. Pero, al parecer, la aparición providencial de una enorme manga de langostas confundió a los soldados propios y enemigos y enrareció la visión lo suficiente como para terminar descomponiendo el frente. Las versiones refieren que fue tal el desconcierto sembrado por las langostas que las fuerzas españolas creyeron ver un número muy superior de tropas patriotas y se retiraron. Cuando al fin se dispersaron los bichos, los miembros del ejército de Belgrano se dieron cuenta de que habían vencido. De la siguiente victoria, la batalla de Salta, es de destacar que Belgrano nunca gozó de una buena salud en su adultez y que, justo antes de aquella contienda, eran tan fuertes los dolores estomacales que sufría que pasó mucho tiempo postrado en su carruaje, con recurrentes vómitos de sangre, y no podía montar, así que se limitó a dar desde allí las indicaciones iniciales para el combate.

Sin embargo, hubo tres elementos en la batalla de Salta que contribuyeron a la gloria tan buscada por Belgrano. El más conocido es que allí por primera vez se usó ese símbolo patriótico creado por Manuel y que es hoy nuestra bandera argentina. El segundo, menos destacado por los historiadores, pero muy digno de atención si pensamos en Manuel como un hombre cuyo mayor deseo era civilizar y constituir un ejemplo de integridad y respeto hacia el prójimo, fue su noble actitud cuando las tropas enemigas se rindieron. En ese momento, según cuenta José María Paz en sus memorias, Pío Tristán

avanzó para entregarle su espada a Belgrano, pero él rechazó este gesto y, para sorpresa de todos, abrió sus brazos y estrechó en un abrazo al comandante enemigo a fin de impedir que le entregara su símbolo de mando y evitarle la vergüenza. Por esas cosas del azar, Manuel Belgrano y Pío Tristán se conocían desde la época de estudiantes en España y, meses antes de la batalla de Tucumán, habían intercambiado cartas, en las que Manuel intentó en vano convencer al otro de que arreglaran las diferencias de modo pacífico, conversando. Esta civilidad de Belgrano, que abrazó al derrotado y lo dispensó de entregar su espada, resultó criticada por muchos. Pero hete aquí la grandeza de Manuel, su cualidad sensible y compasiva, aquella dignidad que había cultivado en los salones de las damas ilustradas y el arte de la conversación, aquello que tristemente acaba, como decía Fontanelle, cuando llega la guerra.

El tercer elemento destinado a la gloria sí suele con justicia recordarse. La resonante victoria silenció las críticas a Belgrano por su actitud ante Tristán y, además, le valió al general un premio millonario que le otorgó la Asamblea: la impresionante suma de cuarenta mil pesos, que, si los hubiese guardado para sí, le habrían evitado morir en la pobreza. Manuel se negó a recibir el dinero y dispuso que se lo destinara a crear escuelas públicas en Tucumán, Salta, Jujuy y Tarija; algo que no ocurriría sino hasta 185 años después, ya que el gobierno de entonces aprovechó su generosidad para no liberar nunca los fondos que le había prometido. Había en Manuel Belgrano un desinterés infrecuente, y, acaso por eso, aunque pudiera resultar algo insólito verlo liderar un ejército con sus buenos modales de chico educado en los mejores colegios, los pueblos lo respetaban, porque era una persona confiable, generosa, compasiva, de probada integridad.

Unos meses antes de las trágicas batallas de Vilcapugio y Ayohuma, Manuel volvió a enfermarse gravemente. Consciente de sus limitaciones, le había pedido al Gobierno que le mandaran a José de San Martín para ayudarlo, pero sus jefes se negaron. El 11 de junio, le decía a Anchorena en una carta: "Amigo, cuando las cosas son necesarias, no hay más que poner el pecho ancho. Hago cuanto puedo por acelerar mi marcha pero hay dificultades con las cabalgaduras. Y además, mi constitución no me permite andar mucho todavía". Una y otra vez, en las peores circunstancias, estaba dispuesto a seguir poniendo el pecho. En adelante, solo le esperaban fracasos e ingratitudes.

Las derrotas de las batallas de Vilcapugio y Ayohuma marcarían la pérdida de un territorio tan significativo como el Alto Perú, que nunca se volvería a recuperar. Para peor, Belgrano fue injustamente juzgado por ese fracaso militar. Es conocida la reticencia de San Martín a colaborar para que se produjese ese oprobioso juicio; una reticencia por la que fue reprendido, tras haberles escrito a los miembros del Segundo Triunvirato objetando ese comportamiento con Belgrano, y luego haberse demorado en cumplir la orden de mandarlo a Buenos Aires. Sobre aquel juicio, Anchorena le escribió en una carta a su hermano Nicolás: “Es bien constante que Belgrano se ha sostenido hasta el fin, cuanto ha podido, en las dos acciones, que los jefes no le han ayudado en nada, y que éstos, muchos de los comandantes, y la mayor parte de la oficialidad, han procedido con la mayor cobardía. El gobierno no ha sabido sostener a Belgrano en los castigos que ha hecho con varios oficiales ineptos, y cuando han sido algunos arrojados de este ejército, por indignos de vestir el uniforme, al momento los ha colocado y aun ascendido. Y de aquí ¿qué ha resultado? El general Belgrano, sin embargo de sus indecibles esfuerzos, no haya podido separarlos de los vicios en que están empapados, inspirarles aquellos sentimientos de delicadeza en el obrar que son necesarísimos, y hacer que se contraigan al desempeño de su deber, y a aprender lo mucho, mucho, que ignoran”. Gracias al testimonio de Anchorena en ese de juicio de 1814, no pudieron probarse los cargos contra Belgrano, y la acusación no prosperó. Por lo demás, ni el gobierno ni los oficiales del Ejército, al parecer, tuvieron nunca la delicadeza en el obrar a la que se refiere Anchorena ni el sentido del deber que sí tenía el estoico Manuel.

4. Los sortilegios del azar

No suele decirse que en muchas de aquellas batallas por la independencia había mujeres. Pocas veces se las recuerda recorriendo con las tropas cientos y cientos de kilómetros y compartiendo esa vida de privaciones y peligros. Asistían a los soldados heridos, les cosían la ropa, les cocinaban, y a menudo empuñaban las armas y se sumaban a combatir al ejército español. Belgrano prefería resguardar a las mujeres de esa vida tan sórdida que él mismo debía considerar indigna. Y por eso se ocupó de disuadir a algunas que intentaron secundarlo, como Juana María y Juana Agustina González, quienes fueron descubiertas entre sus hombres y enviadas inmediatamente a Córdoba.

Pero hubo una mujer cuya entrega logró conmover a Belgrano: la humilde María Remedios del Valle, “parda” según el sistema colonial de castas, de madre africana, de origen yoruba, y padre español. María Remedios había actuado como auxiliar en las invasiones inglesas y, tras la Revolución de Mayo, acompañó como enfermera y combatiente al Ejército del Norte. Estuvo junto a Belgrano en las victorias de Tucumán y Salta y en las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, donde fue herida de bala y tomada prisionera por los realistas. En esa ocasión, ayudó a escapar del campo de los prisioneros a varios oficiales patriotas. Como sanción por aquella osadía, los realistas la sometieron a nueve días de azotes, que marcaron para siempre su piel. Hacia 1820, vivía en un rancho en las afueras de la ciudad y frecuentaba las iglesias de San Francisco, Santo Domingo y San Ignacio, vendiendo pasteles o mendigando. El general Juan José Viamonte, que entonces ya era diputado, la reconoció un día en la calle y exclamó: “¡Usted es la capitana!”, puesto que así la apodaban. Viamonte inició entonces una gestión legislativa para que a esta mujer se le otorgara una pensión por los servicios prestados. Los diputados se negaban a dársela, pero fue nuevamente Anchorena quien declaró a su favor y logró que consideraran el pedido: “Yo me hallaba de secretario del general Belgrano cuando esta mujer estaba en el ejército, y no había acción en la que ella pudiera tomar parte que no la tomase; era la admiración del general [...] El general Belgrano le dio el título de Capitán del ejército. No tengo presente si fue en el Tucumán o en Salta, que después de esa sangrienta acción en que entre muertos y heridos quedaron setecientos hombres sobre el campo, oí al mismo Belgrano ponderar la oficiosidad y el esmero de esta mujer en asistir a todos los heridos que ella podía socorrer”.

Los últimos años de la vida de Manuel fueron tristes. Lo más vital de esos tiempos le sucedió en Tucumán, cuando se consumó la Declaración de la Independencia en 1816. En ese contexto conoció a la joven Dolores Helguera, con quien tuvo otro romance en las sombras, del que nacería una hija, Manuela Mónica, el 4 de mayo de 1819. En noviembre de ese año, con la salud devastada, tras haber entregado finalmente el mando del Ejército del Norte, se retiró a Tucumán. Quería estar allí para conocer a su hija y para pasar los que ya preveía que serían los últimos meses de su vida. Pero aquel regreso a Tucumán no resultó agradable. No bien llegó, se enteró de que a Dolores la habían hecho casarse con un señor catamarqueño. Y, pocos días después, su viejo amigo Bernabé Aráoz hizo estallar un motín contra el gobernador

de la provincia. Y los hombres de Aráoz, temiendo que Belgrano usara su autoridad para hacer fracasar el motín, irrumpieron en la humilde casa donde estaba postrado y pretendieron colocarle cadenas y grilletes en los pies. Por tal motivo, Manuel tuvo que dejar Tucumán y regresó a Buenos Aires, sin plata siquiera para pagarle a su médico. En su casa paterna, frente al convento de Santo Domingo, moriría el 20 de junio de 1820. No representaba ya a nadie, y tampoco había logrado ninguno de sus últimos objetivos políticos. Sin embargo, aunque él no lo supiera, mucho tiempo después lo esperaba la gloria que había soñado.

Buenos Aires, mayo de 2020.

Florencia Abbate nació en Buenos Aires en 1976. Es escritora. Es licenciada en Letras y doctora por la Universidad de Buenos Aires, investigadora del CONICET y profesora de la materia Filosofía de género. Ha publicado más de diez libros. Los últimos son el ensayo de divulgación *Biblioteca Feminista* (Planeta, 2020) y el libro de cuentos *Felices hasta que amanezca* (Emecé, 2017).

Diego Caramés nació en 1978 en la provincia de Buenos Aires. Es profesor, ensayista y editor. Dicta clases de Filosofía y Estética en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de las Artes. Entre 2007 y 2015 fue uno de los editores responsables de *“El río sin orillas”* (*Revista de filosofía, cultura y política*), y actualmente es coeditor de la colección de ensayos Cuarenta Ríos.

Juan Ignacio Garrido nació en la ciudad de Córdoba en 1984. Es licenciado en Filosofía y realiza sus investigaciones sobre la ensayística argentina y latinoamericana. Es profesor de la Universidad Nacional de Villa María y de la Universidad Provincial de Córdoba. Desde 2018 coordina la Formación Político-sindical de la UEPC (Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba).

Sergio Raimondi nació en 1968. Es profesor de Literatura Contemporánea en la Universidad Nacional del Sur desde 2002. Fue director del Museo del Puerto de Ingeniero White (2003-2011) y secretario de Cultura de la ciudad de Bahía Blanca (2011-2014). Publicó *Poesía civil* (Vox, 2001) y un adelanto de *Para un diccionario crítico de la lengua* (2012), proyecto en el que continúa trabajando. Recibió las becas Guggenheim (2007) y Künstlerprogramm DAAD (2018).

Marcela Ternavasio es doctora en Historia (UBA), profesora e investigadora (IECH/UNR/CONICET) y profesora del Posgrado en Historia de la Universidad Torcuato Di Tella. Publicó, entre otros libros, *Candidata a la Corona. La infanta Carlota Joaquina en el laberinto de las revoluciones hispanoamericanas* (Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2015), *Historia de la Argentina, 1806-1852* (Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2009), *Gobernar la revolución. Poderes en disputa en el Río de la Plata, 1810-1816* (Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2007), *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires* (Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002).

Beatriz Vignoli nació en 1965 en Rosario, donde vive y publica poesía y narrativa desde 1979. Escribe sobre plástica y literatura en “Rosario/12”, el suplemento rosarino de *Página/12*. Es curadora independiente de arte contemporáneo, tallerista de escritura y traductora de inglés. Su libro *Árbol solo* (Iván Rosado, 2017) ganó el Premio Provincial de Poesía José Pedroni 2019.

Coordinación general

Luciana Delfabro - Viviana Usubiaga

Editor

Gabriel Lerman

Equipo

Ana Pironio

Maria Torre

Silvana Sara

Micaela Marinelli

CASo - Centro de arte sonoro

Diseño gráfico

Ana Paula Armendariz

Corrección

Viviana Werber

Equipo de administración

Alejandro Fuente Abaurrea

Nelson Monteza

Asesor de fuentes

Matías Dibb (Instituto Nacional Belgraniano)

Asesor de contenidos históricos

Javier Trímboli

Dirección Nacional de Gestión Patrimonial

Directora

Viviana Usubiaga

Secretaria privada

Claudia Piccone

Coordinador de Institutos de Investigación

Pablo Fasce

Coordinadora de Investigación Cultural

Luciana Delfabro

Equipo de Investigación y Producción de Contenidos

Mayra Alvarado- Gabriel Lerman

Guadalupe Gaona - Sandra Guillermo

Silvana Sara- Ana Pironio - Ayar Sava

Administración

Coordinadores

Jimena Ferreira - Alejandro Fuente Abaurrea

Equipo

Diego Luraghi - Nelson Monteza

Jorge Bonilla - Claudia Arguello- Andrea Antonussi

Prensa y Comunicación

Jefa de Prensa

Florencia Ure

Equipo

Micaela Marinelli - Mariana Poggio

Guillermina Flores - Hernán Oviedo

Obra de portada:

Boichard, J. A, *Retrato del General Manuel Belgrano*, 1815, miniatura, 0,10 mt diámetro.
Museo Histórico Nacional. Inv. F 1099.

Discursos a la carta / Florencia Abbate ... [et al.]; compilado por Luciana Delfabro. -
1a ed revisada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la
Nación, 2020.

Libro digital, PDF - (Sobre Manuel Belgrano / Secretaría de Patrimonio Cultural, Coordinación
de Investigación Cultural; 1)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4012-46-3

1. Historia Argentina. 2. Discursos. I. Abbate, Florencia. II. Delfabro, Luciana, comp.
CDD 982

ISBN 978-987-4012-46-3



9 789874 012463

